

CAPITULO XLVI.

SUCESOS DE BARCELONA.

La capital del Principado, esa industriosa poblacion que forma en primera línea por su riqueza, sus adelantamientos y su liberalismo, siempre vejada y opresa por los satélites de la tiranía, era de todo punto imposible que permaneciera sorda al grito de Libertad! que sonó en Vicálvaro, cuyos ecos retumbaban ya con amenazador estruendo por todos los ángulos de la Península.

Barcelona, que ansiaba el momento de sacudir el yugo de sus opresores, hallábase en la mayor efervescencia desde que O'Donnell se lanzó á la liza, y aprovechándose de esta favorable disposicion de los ánimos, que no solo se hacia ostensible en el paisanage, sino tambien entre las filas del ejército, don Miguel Manso de Zúñiga, coronel del regimiento de Navarra, quiso tener la gloria de iniciar el alzamiento salvador.

A la caída de la tarde del 14 de julio, cuando el entusiasmo del pueblo barcelonés estaba en su colmo, llegó á noticia del capi-

tan general don Ramon La Rocha que la agitacion del pueblo se propagaba á los cuarteles, y mandó al segundo cabo que se presentase en el de San Pablo para cerciorarse de la verdad.

En él se guarecia el regimiento de Navarra, y habiendo sido interrogado su digno coronel, respondió sin vacilar que los soldados estaban en el mejor sentido, que todos ellos obedecerian á sus superiores; pero que los gefes que tantas veces les habian conducido por la senda de la victoria, no se hallaban inclinados á servir de instrumentos para el triunfo de los tiranos.

Trasmitida esta contestacion al capitan general, espidió una orden para que el coronel Manso de Zúñiga se trasladase con su regimiento al fuerte de Atarazanas.

Eran las nueve de la noche cuando recibió Zúñiga esta orden.

Formó su regimiento, le arengó en los términos que las circunstancias exigian, halló en todos sus subordinados las mas entusiastas simpatías, y no vaciló un momento en arrostrar los resultados de su peligrosa empresa, declarándose abiertamente en rebelion.

La inmensa multitud de paisanos que poblaba ya aquellos alrededores, prorumpió en vítores al bravo coronel.

La tropa y el paisanage se abrazaron con fraternal efusion, dando vivas á la libertad, al ejército libre, y al pueblo soberano.

El inmenso grupo de los sublevados crecia por instantes, y para completar su triunfo, emprendió Zúñiga un paseo marcial por los principales calles de Barcelona hasta la plaza de la Constitucion, á la cual dan los balcones del palacio que han habitado siempre los capitanes generales.

Lejos de hostilizarle en parte alguna, era saludado por do quiera con frenéticas aclamaciones.

Al llegar á la plaza de la Constitucion, recibió otra orden para que se trasladára á Atarazanas.

Lo supo el pueblo, y pidió á gritos que se presentára el mismo capitán general á dar la orden verbalmente.

No tardó La Rocha en presentarse en efecto, y por cierto que lo hizo en el mismo balcon de donde años pasados habia sido arrojado otro capitán general, que no habia querido acceder á los deseos del pueblo.

La Rocha fué mas prudente, y se presentó en el balcon para manifestar á la multitud, QUE SE ADHERIA AL PRONUNCIAMIENTO.

El pueblo se contentó con hacerle prorumpir en algunos vítores que el general pronunció maquinalmente, sin que le salieran del corazon.

Las demás tropas de la guarnicion se adhirieron al voto general, y el movimiento se estendió por todo el Principado con eléctrica rapidez.

En medio del alborozo que indispensablemente habia de causar el triunfo del pueblo, habia para los barceloneses cierta causa de disgusto que progresaba por momentos.

El general La Rocha, que habia opuesto su autoridad á los primeros sintomas de la revolucion, solo se adhirió á ella cuando no le quedaba otro recurso; pero es bien seguro que la hubiera ahogado si hubiese contado con fuerzas para ello y hubiera mandado fusilar á sus directores.

Y este militar cuyas ideas eran incompatibles con los principios que los sublevados acababan de proclamar, este enemigo de la causa del pueblo, se puso al frente de ella, y formó una Junta de su agrado, quedando por consiguiente las cosas en el mismo ser y estado que antes del pronunciamiento.

La Rocha seguía ejerciendo una autoridad sin límites; los barceloneses comprendieron el engaño, y empezó á germinar por doquiera el descontento y la indignacion, propagándose á las inmensas masas de obreros, que ofrecian ya un aspecto amenazador.

Y por si algo faltaba al general desasosiego de los espíritus, cundió de improviso por todas partes otra fatal noticia: el cólera acababa de invadir á la infortunada Barcelona.

Esto exacerbó los ánimos.

En vista de la general efervescencia y de los alardes hostiles que comenzaban á ostentar las masas populares, erigióse La Rocha en dictador, y el despotismo militar quedó instantáneamente entronizado.

En presencia de tantas calamidades, huyeron los capitalistas, cerráronse las fábricas, quedaron sin trabajo y sin pan millares de familias, y el hambre vino á aumentar las plagas que con inmensa pesadumbre agoviaban á la industriosa capital.

Hambre, peste, revolucion, anarquía, dictadura militar, ¿sintieron mas calamidades los egipcios?

Este cúmulo de febriles escitaciones, esta aglomeracion de sensaciones violentas, impelió el desarrollo del cólera-morbo de una manera tan espantosa, que el azoramiento fué general, y general hubiera sido la emigracion ó mas bien la fuga, sin la carencia de facultades en los pobres para abandonar aquel asilo, donde parecia haber caído la maldicion del Eterno.

Huyeron pues las personas acomodadas escitando la envidia de los menesterosos.

Paralizados los negocios, abandonados los talleres, el hambre y el cólera auxiliados por el general espanto, diezaban á los pobres obreros; y los que no eran víctimas de la cruel enfermedad,

veían morir á sus hijos en sus propios brazos sin poderles prestar auxilio. Ofuscada su razon con tantos padecimientos, empezaron por maldecir á los causantes de su infortunio, que atribuían á la falta de trabajo, y por consiguiente no veían mas enemigos que los que habian cerrado sus talleres.

Lanzáronse como frenéticos á la calle, y como frenéticos desahogaron su atrabilis agitando la tea incendiaria, que redujo varias fábricas á escombros y ceniza.

Los objetos que mas despertaron la ira de aquellos infelices fueron las máquinas que no requieren gran número de brazos para funcionar.

«Es verdad que hay máquinas que requieren para ponerse en movimiento un número menor de brazos (ha dicho un escritor barcelonés) pero la baratura que proporciona esta disminucion de fuerza viva, permite multiplicar el número de máquinas, y sumadas todas estas, ocupan un número mayor de brazos de los que se ocuparían si obligasen al capital á prescindir de ellas.

Lo que en definitiva se multiplica es el género elaborado; lo que en último resultado disminuye es el precio de este género.

Aumenta de consiguiente su consumo. ¿Creeis, pobres trabajadores, que sin las máquinas que facilitan el trabajo, aumentaría en un país el número de brazos ocupados en él?

No; lo único que con eso conseguiríais sería disminuir la fabricacion.

No lo dudeis, á medida que se perfeccionen los procedimientos, á medida que el progreso de la mecánica vaya reemplazando con otra fuerza la fuerza viva, vuestro trabajo será menos penoso, pero no por eso menos seguro.



(23)

(Ayguals de Izo hermanos, editores.)

Desde que el vapor ha sustituido como motriz á la fuerza animada, se han multiplicado infinitamente los brazos consagrados á la industria por el prodigioso desarrollo que esta ha adquirido.

¿Qué importa que con veinte hombres, por ejemplo, ocupados en un establecimiento tipográfico que haya adoptado máquinas para imprimir en lugar de prensas, se tire diariamente un número de pliegos que de otra suerte requiriría cien hombres al menos? ¿Acaso sin esas máquinas el que tiene invertido en el establecimiento su capital ocuparía esos cien hombres?

No: imprimiría cinco veces menos, y aun así no le saldría la cuenta.

Lo que decimos de la tipografía puede aplicarse á todas las demás industrias.»

La autoridad fué activa y severa contra los incendiarios y nosotros aplaudimos de todo corazón su energía.

Fueron pasados por las armas los que perpetraron tan enorme atentado, impropio seguramente de la cultura de Barcelona.

¿No conocen los obreros que de las fábricas es precisamente de donde ha de surgir el alimento de sus familias?

¿No conocen que si las fábricas desaparecen, perderán ellos el trabajo que les proporciona pan para ellos, para sus mujeres y sus hijos?

El incendio de las fábricas era, pues, un suicidio; y lo que á ellos les convenia entonces y les convendrá en todos tiempos, es guardar toda la armonía posible con los fabricantes, y puesto que fabricantes y obreros se necesitan mutuamente, á todos les interesa entenderse como hermanos para que la industria prospere, y labrando su felicidad contribuya al engrandecimiento y gloria del país.

Nuestros consejos no os pueden ser sospechosos, hombres del trabajo, pues ya sabeis que sois los predilectos en nuestras simpatías; y porque deseamos ardientemente vuestra dicha, os exhortamos á ser cautos y prudentes.

Esas venganzas desastrosas á que tal vez vuestros solapados enemigos os escitan, á nadie perjudican mas inmediatamente que á vosotros; y vosotros que en medio de todo linage de privaciones, penalidades y escaseces sois tan honrados, tal vez porque no habeis aspirado nunca la emponzoñada atmósfera de los palacios, vosotros que blasonais de liberales y que verdaderamente habeis dado repetidísimas pruebas de serlo, habeis de saber que el espíritu de devastacion y las malas pasiones no son propias de un pecho generoso que profesa las doctrinas de la santa democrácia.

Y no creais que nuestros consejos se encaminan á haceros esclavos de los fabricantes.

De ningun modo.

El mas infeliz de vosotros, es hombre, hombre libre por ley de Dios y de naturaleza, y vale tanto como otro hombre, siquiera esté entronizado bajo régios doseles.

De ser prudentes, sufridos y generosos, á ser esclavos serviles de los dueños de las fábricas va una diferencia enorme, inconmensurable.

Sed razonables con dignidad, y los fabricantes lo serán tambien, porque les interesa como á vosotros mismos la fraternidad entre unos y otros; pues así como sin ellos perdeis vosotros el trabajo, tambien ellos sin vosotros deben renunciar á su lucrativa industria.

A unos y á otros os aconsejamos que reflexioneis bien acerca de vuestras recíprocas conveniencias, y no dudamos que si sois cuerdos, si sois verdaderamente liberales, si amais los progresos del

pais, si ambicionais vuestra propia prosperidad, en una palabra; si obrais con verdadera sabiduria, hallareis en los vínculos de una estrecha y sincera fraternidad un manantial fructífero que abastezca vuestras necesidades, que mejore vuestra condicion, y os proporcione un porvenir de dia en dia mas halagüeño.

Don Manuel de la Concha sucedió en el mando al general La Rocha; pero si bien fué recibido con el amor debido á los títulos adquiridos por su buen comportamiento en dias no lejanos en que habia ejercido igual autoridad como capitán general del Principado de Cataluña, sus bellas dotes fueron desgraciadamente ineficaces para domeñar circunstancias tan azarosas.

Reemplazóle el general don Domingo Dulce, que con la hermosa celebridad que le precedia por haber sido uno de los caudillos de Vicálvaro, calmó la pública ansiedad.

Pero sin que tratemos de oscurecer aquí los méritos de nadie, el verdadero héroe de Barcelona, fué á la sazón don Pascual Madoz, á cuya prudencia, á cuya actividad, á cuya abnegacion é infatigable celo debió Barcelona el término de todos sus males.

Tenemos un placer en tributar este homenaje de justicia á quien esponiendo mil veces su vida por el bien de sus subordinados, dió un nuevo ejemplo al mundo de que lo que no logra el rigor de los tiranos, lo alcanza una autoridad paternal que sabe inspirar amor y confianza al pueblo.

¿Cuáles fueron los resultados de la despótica dictadura del conde de España en el Principado?

La desastrosa muerte del dictador, que hemos relatado en otro capítulo.

¿Qué obtuvo el pundonoroso y valiente Baza al ponerse en pugna con el pueblo barcelonés?

Bien sabe Dios cuánto desearíamos que su trágico fin no hubiera mancillado las páginas de nuestra moderna historia.

¿Qué hizo el baron de Meer con sus tiránicas demasías?

Arrojar combustibles al volcan de iracundas pasiones.

Madoz, solo Madoz ha comprendido que para los catalanes no hay mas gobierno posible que un gobierno paternal.

Es el gobierno que apetecen todos los países cultos.

¿Qué elocuente leccion para el poder!

Desgraciadamente parece que esta importante leccion, esta leccion tan elocuente, no quiere el gobierno aprovecharla, dando lugar á que sea censurada su conducta en el mismo seno de la representacion nacional.

¿Qué significa, señores, ha dicho el diputado Rivero en la session del 19 de enero de 1856, esa perturbacion continua de todas las provincias, ese régimen militar que pesa sobre algunas?

¿Para esto se ha hecho una revolucion?

¿Quereis saber un hecho contemporáneo que ha pasado, no en un rincon oscuro de la Península, sino en Barcelona?

Pues sabed que en un bárbaro consejo de guerra, aplicando un bando bárbaro dictado por un general, se ha condenado á diez años de presidio, contra las prescripciones del Código penal, á individuos que acaso no tienen culpa, y que si la tienen, deben ser juzgados por los tribunales de justicia.»

¿Es posible?

¡Siempre Barcelona!... ¡Siempre esa joya de España, esa bellísima y populosa capital del Principado, que marcha al frente de la cultura del país, reina de la industria española, émula de la

soberbia Albion, ha de verse condenada á gemir de continuo bajo el peso de tiránicas leyes escepcionales!

¿Es esta la proteccion que merecen el espíritu comercial y los adelantamientos fabriles de los honrados quanto valientes y laboriosos catalanes?

¿Es la tiránica dictadura el medio de establecer el orden en una capital culta como Barcelona, en una provincia industriosa como Cataluña entera?

Y no se diga que es indispensable semejante rigor contra un país en cuyo seno brotan sin cesar revueltas y trastornos; pues precisamente estas perturbaciones surgen de la degradante esclavitud en que se quiere encadenar á hombres de corazon y de inteligencia, á ciudadanos pundonorosos que saben hacer una justa apreciacion de sus derechos.

Desde los desastrosos tiempos del inolvidable conde de España, Cataluña ha gemido casi siempre bajo la abominable dictadura militar.

Se ha creido que solo así podria domarse el altivo carácter catalan; pero el luengo período en que se está ensayando tan despótico régimen, debia haber convencido al gobierno, que el terror exaspera en lugar de tranquilizar, y si en vez de esas sangrientas persecuciones con que se lleva el luto y la consternacion al seno de mil familias tan pobres como honradas, mientras nada se ha hecho, nada se hace contra los que cayeron en julio de 1854, tan ricos como criminales; si en vez de aterradoras medidas escepcionales, dictára el gobierno sábias providencias de legalidad, de proteccion al trabajo y á la fraternal asociacion de obreros y fabricantes, en una palabra, si la autoridad local ejerciera actos de paternal solicitud en vez de severidad opresora, no dudamos que se

afianzaria en Barcelona esa estabilidad de orden que tan necesaria es para su propia dicha, para el mayor perfeccionamiento de su industria.

Imposible parece que se olvide el mas conocido y lógico de los axiomas.

Un pueblo libre y feliz no se subleva nunca contra el gobierno que labra su prosperidad.



EL PALACIO DE LOS CRÍMENES

CAPITULO XLVII.

SUCESOS DE VALLADOLID.

No cabe la menor duda que el primer eco del grito de Vicálvaro resonó en Alcira; nadie puede arrebatarse este título de gloria que oficialmente se confirió á la ciudad de Valladolid y que Barcelona se lo ha disputado.

Las fechas deciden esta cuestion.

El pronunciamiento de Alcira se verificó el 5 de julio, el de Barcelona el 14, y el de Valladolid el 15.

Sin embargo de esto, un periódico de la córte, el 14 de julio de 1855, primer aniversario de aquellos gloriosos sucesos, dedicó al pueblo vallisoletano las siguientes líneas:

«Hay pueblos que tienen el raro privilegio de dar vida á los héroes, nombre á los siglos, envidia á las naciones, honor á la historia, alimento á la fama y teatro á los grandes sucesos.

Así en la antigüedad fueron: Jerusalem, la ciudad de los profetas; Tyro, el imperio de la industria; Troya, la víctima de los